

SEMANA SANTA



A Semana Santa está situada en el calendario en la zona indecisa de los principios de la primavera; y cuando ella llega, en general no ha acabado de cuajar. Los primeros brotes de la hoja asoman tímidamente en las ramas,

el mar es todavía abrupto y una niebla indecisa es trasegada por vientos bruscos, que soplan imprevistamente en nuestra carnadura. Es un tiempo sin frío ni calor. El sol tiene, a ratos, sobre nosotros una acometida valiente, pero al atardecer se nota un repeluzno molesto. Esta indecisión repercute también en el ánimo. No sabemos si la relajación del ánimo es ácida o suave, beneficiosa o no. Estas fiestas que no acabamos de festejar, esa meditación que nos aconsejan y al fondo de la cual no llegamos, esa mezcla de juventud y de vejez que somos en la Semana Santa, nos produce desconcierto. Nos atosiga y atormenta un exterior muy riguroso; las procesiones y oficios sagrados derraman por el aire un olor a incienso y el eco mismo de la desolación. Pero del aire trascienden, a la vez, los alientos de la flora en eclosión; la mezcla nos produce una sensación extraña. Cuando éramos chicos, esta sensación dual se hacía agobiante. Sentíamos el poder de la primavera en nuestro contorno, como una revulsión de nuestras vísceras humanas; pero envuelto en cendales de bruma y expiación. La muerte y el silencio eran una losa pesada contra los impulsos de la sangre. Tal vez no sea un mal instante para aprisionar esos impulsos aquél en que, precisamente, asoman y se enfurecen. Pero todo resultaba de una violencia extrema. Pasados los años, ese debate nos parece irrisorio. Ahora cruzamos por él sin tacha y sin dificultad.

La población se divide ahora y disuelve en dos grandes grupos. Los que quedan en la ciudad y los que van al campo. La Semana Santa se ha convertido en la inauguración del campo, en una especie de bucólica huida hacia las afueras, de todos aquellos demasiado atosigados por su condición urbana. Estrenar el campo durante la Semana Santa comporta, en muchos casos, un acopio de euforia. Los recursos y comodidades que el campo ofrece en esta época son todavía escasos. Las casas campestres no están habituadas a ser vividas. Muchas de ellas, en lugar de dar, se limitan a recibir el calor de los que llegan. Es preciso pensarlo bien antes de introducirse en la cama, cuyas sábanas tienen la humedad del invierno; es preciso echar mano de mantas y edredones, acopiar bolsas de agua caliente y encender chimeneas y estufas. Como el invierno y sus trances han quedado atrás, eso comporta una desviación, y se hace de mala gana. Es llevar a cabo una descubierta tardía en un territorio enemigo y ya explorado. Si estamos en la playa, se oye, de noche, a lo lejos, zozobrar el agua de la mar en un oleaje sordo y siniestro. Al panorama y a la noche parece que les pese el significado doloroso de estas jornadas. No es la carne y el pecado lo que, propiamente, nos mortifica, sino las condiciones del paisaje y la climatología. A rastras de ellos, el ánimo se predispone a la meditación, pero a contrapelo.

Las jornadas siguientes parece que aclaren y den un poco de luz a nuestra misantropía. Puede ser que el Sábado de Gloria y la Pascua Florida se presenten radiantes y como anunciadoras francas de la primavera ya estallada. Incluso nos aventuramos a vestir el bañador y a meter un tímido pie en el rompiente de las olas. ¡Qué cuchillada! Aquellas son todavía aguas del invierno, gélidas y destempladas. Cuando, a la postre de las festividades, regresamos a nuestra casa invernal con un catarro y algunas décimas, recordamos nuestra aventura con intensos y no hiperbólicos escalofríos. Hemos cometido una insensatez entre el invierno y el verano, en un tiempo indeciso y en la condición equidistante en que uno no sabe cómo vestir, ni qué partido tomar. La Semana Santa ha sido para nosotros una semana lúgubre y desarbolada.

Sin embargo, ella ha ido bien para todos aquellos que la contienen y dominan en sus cauces clásicos. Como a ciertas personas, a esta Semana hay que tomarla como es. Es un grande paréntesis en el calendario. Dadas las condiciones en que se nos presenta y desenvuelve, hay que aceptar sus ritos, cuando más apurados, mejor. Dejando a un lado las consideraciones de piedad religiosa, humanamente sería aconsejable que todos en ella participáramos con capirotes y capuchas de nazarenos. Los terribles pasos de

la Semana Santa avanzan por las calles estrechas dejando un rastro de luces, cadenas y gemidos. Un olor a cera embriaga el aire. Se mueve una masa, o tumbos, en un vaivén del fervor colectivo. Esa pincelada de sangre y llama le sienta bien al paisaje. Resonga la muchedumbre en oleadas y transita, un poco elevada, la imagen barroca en gestos y traspies frenéticos. Es el instante del dolor, de la expiación y de la muerte. La calle, la plaza, el santuario, son un enorme vagido, un aliento trabajoso. ¡Cualquiera se da solaz en semejante clima! La corneta que suena, el tambor insistente y solitario, la voz del que canta la saeta, el repique del timbal, el sollozo de la vieja, los pasos desnudos del nazareno y el tumulto de oraciones y jaculatorias son un tributo a la inclemencia y a la indecisión del aire. La sombra de los muertos vaga, a sus anchas, por el viento. A las muchachas de cara alegre y risa abierta se les impone en el rostro un rictus de tristeza y abnegación. Es un instante en que todo cambia de faz, una mudanza imprevisible y misteriosa, un escorzo de súbita gravedad en el mundo, que ya se zambullía en la primavera.

Lo cierto es que, pese al tránsito y al éxodo de los ciudadanos en la moderna Semana Santa, pervive en cada villorrio la forma inmutable de la celebración peculiar. Cada lugar mantiene sus formas propias de pecar y de expiar la culpa. Hay pueblos sensuales, pueblos borrachos, pueblos avarientos, pueblos glotones. Y muchos pueblos en que todas esas culpas se entremezclan y equilibran en un pecado superior llamado hipocresía. Pero en Semana Santa les sale a la luz de las calles la forma, a su vez particular, de expiar esas culpas. Veíamos en el extraordinario documental "Mondo carne" el espectáculo de esta expiación en las personas de un pueblo siciliano que sangraban sobre las baldosas de la calle, después de arañarse despiadadamente las carnes. El bárbaro y simbólico procedimiento resulta un poco detonante en nuestra época, pero responde a la continuidad de una tradición milenaria. Mucha gente tiene una necesidad de expresar pública y cruentamente los trasfondos de su conciencia. La táctica de nuestros hombres, en la zona meridional, es, sin duda, más elegante y sobria: la efigie de los encapuchados tiene un sabor siniestro, pero triunfal, en la decrepitud y en la culpa. Ellos, en cierto modo, despersonalizan al pecado y hasta lo subliman, al borrarle los rasgos de la cara y al eliminar su faz. Vienen a demostrar la naturaleza interior e incógnita de la culpa, que cada uno se sabe y que no tiene por qué ser exhibida ni en su expiación. Los listos, los bullangueros, los burlones, llamaron a estos nazarenos "tontos de capirote". Pero resultan de una increíble majestad que no han conseguido turbar ni mixtificar los horrendos caperuzones del "Ku-Klux-Klan", plagiadores insulsos de esos elegantísimos disfraces de pecador.

la expiación En algunas aldeas del Pirineo, la procesión de la Semana Santa tiene acentos de realismo increíbles. En un pueblo escondido de Gerona se asistido, hace años, a una procesión de Viernes Santo que tal vez igualara en osadía y crueldad al Vía Crucis original. Desde luego, el personaje que encarnaba la figura de Cristo salía de ella brutalmente apaleado, con gran regocijo y también con un extraño dolor de todos los asistentes, e incluso del propio interesado. Pudiera éste muy bien ser elegido entre los abominados, pero resulta que la elección del personaje principal de la fiesta se hacía previamente mediante una subasta y una puja, y había empujones para obtener el puesto. La función de la Semana Santa era tan auténtica que aún vivía un vejete al que le faltaba una oreja, porque en su juventud se la había dejado arrancar de cuajo por la espada de Pedro, en el mentido Huerto de los Olivos.

Esos carnavales se depuran, se van depurando por los años, hasta convertirse en elementos simbólicos de la Semana Santa. La expiación se realiza por procedimientos cada vez más suaves y alatorios. Muchos de ellos se realizan con una ambición primordialmente turística. Otros se van limando, se lavan de sangre y se convierten en meras demostraciones rituales. Quién más, quién menos, todos nosotros expiamos, en cierto modo, unas culpas. A nosotros nos ha tocado lavarnos de ellas con los repeluznos de un habitáculo no preparado para estas temporadas del año. Los repeluznos, la calidad de la humedad circundante, el cuchillazo del agua en los pies, en una anticipación prematura del campo, todo ello y un resfriado inclemente, han sido este año nuestra triste aportación expiatoria.